

Homilía, misa de inauguración de la Casa Pastoral

Casa y escuela de comunión al servicio del Reino de Dios

Hermanos y hermanas en Cristo:

Como escuchamos en la monición de entrada, con esta celebración eucarística queremos dar gracias a Dios por su inmenso amor, por su bondad y por su misericordia para con nuestra Iglesia en el Paraguay.

Tenemos mucho para agradecer y que nos motiva a ofrecer este sacrificio eucarístico como acción de gracias al Señor, que nos permite reunirnos hoy en torno a su altar en esta Casa Pastoral **Juan Sinforiano Bogarín** de la Conferencia Episcopal Paraguaya.

Hace ya varios años que hemos colocado la piedra fundamental, confiados en que llegaría este grato momento. Esa piedra ha sido un símbolo de la piedra fundamental del templo espiritual que todos estamos llamados a construir y donde cada uno de nosotros es piedra viva teniendo como cimiento sólido a Jesús, el Señor.

En efecto, el mensaje del Señor para esta ocasión es que debemos escuchar sus palabras y ponerlas en práctica. Solo así estaremos seguros de que hemos construido la casa sobre roca firme.

Este magnífico edificio, que alberga a partir de ahora al colegio episcopal y a sus acciones pastorales, simboliza y debe favorecer la comunión de la Iglesia en nuestro país al servicio del Reino de Dios, Reino de Amor, de Paz, de Justicia.

El Papa Francisco, en el 2014, hablando a los Obispos ha citado las palabras que escribió Juan Pablo II en la Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”: “Hacer de la Iglesia la casa y escuela de comunión”. Esto es realmente crucial para la eficacia de cualquier compromiso con la evangelización, ya que revela el profundo deseo del Padre: que todos sus hijos vivan como hermanos; revela la voluntad del corazón de Cristo: “que todos sean uno”; revela el dinamismo del Espíritu Santo, su fuerza de atracción libre y liberadora.

El principal desafío y compromiso que tenemos será siempre que esa fidelidad se traduzca en testimonio de comunión en la caridad y en la verdad, que hará creíble y fecundo nuestro trabajo pastoral. ¡Miren cómo se aman! debe decir de nosotros el pueblo de Dios al que servimos. La caridad entre nosotros nos dará el impulso para estar atentos a las necesidades de los más pequeños, de los humildes, de los descartables, tal como nos pide el Santo Padre en su carta, y cuyo contenido acabamos de escuchar.

En efecto, la comunión nos debe llevar a un compromiso con la promoción social de nuestro pueblo, a ser defensores de una ecología integral, donde se respete el

equilibrio del ambiente natural, así como respeto a la vida y dignidad de las personas en armonía con todo lo creado.

Esta Casa Pastoral, que hoy ponemos al servicio de la Iglesia y de la sociedad, es un ejemplo de integración armónica con el entorno natural de un lugar privilegiado de Asunción. El diseño de sus ambientes, con sus amplios ventanales y puertas transparentes, permite sumergirse en el verdor del parque y disfrutar de la naturaleza.

Si bien el edificio material es importante, así como las acciones que en él y desde él se planifican y se ejecutan, nos dice el Evangelio que lo esencial es la escucha y la fidelidad a la Palabra de Dios.

El hermoso edificio tendrá vida y alegría en la medida en que nosotros los obispos seamos signo de comunión, de fraternidad, de solidaridad y que todos los miembros de esta gran familia de colaboradores, sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos que ponen su talento al servicio de la Iglesia encuentren en nosotros, como pastores, apoyo, cercanía y apertura para hacer realidad en Paraguay una Iglesia que camina y construye en sinodalidad.

Colegialidad y sinodalidad son dos valores que deben guiar nuestro estilo de ser Iglesia y que esta Casa Pastoral, sin dudas, favorecerá.

El signo inequívoco de fidelidad a la voluntad del Padre es el amor fraterno, que se traduce en comunión, respetando la singularidad de las personas, desde la diversidad de los carismas y de los estilos de cada área pastoral que nos enriquecen como Iglesia y nos permiten cumplir nuestra misión evangelizadora.

Finalmente, para cumplir su misión evangelizadora con fidelidad a la voluntad del Padre Misericordioso, la Iglesia está llamada a ser una madre que acoge y protege, sobre todo a los débiles, a los pequeños, a las personas y familias vulnerables, contra todo tipo de abusos y de violencia.

Pidamos pues al Señor, con humildad y confianza, que nos bendiga y nos acompañe en este propósito. Y que todo sea para mayor gloria de Dios y para la construcción de su Reino.

Ponemos nuestras intenciones bajo el amparo de María Santísima, Madre de la Iglesia.

Asunción, 6 de marzo de 2020.

+ Adalberto Martínez Flores, Obispo de Villarrica y Administrador Apostólico de las FF.AA. y la Policía Nacional. Presidente de la CEP.